

historia

Mañana se cumplen 69 años de "els fets del 6 d'Octubre", la insurrección armada contra el gobierno conservador de Lerroux y la CEDA, que tuvo al presidente Companys como protagonista y víctima



Companys, en el centro, junto a los consellers Mestre, Martí Esteve, Lluhi, Comorera, Barrera y Ventura Gassol, presos en la cárcel Modelo de Barcelona

Aquel fatídico

Texto Josep Maria Sòria

Hem de dir-nos cada dia, cara al nostre deure present, que pot esdevenir històric: 'Jo sóc català. Jo sóc un bon català'. Amarats d'aquesta condició, s'aixecarà com una hostia santa l'ànima immortal del nostre poble i potser jo us diré: 'Germans, seguiu-me'. I tot Catalunya es posarà en peu.

Estas encendidas frases pertenecen al discurso pronunciado por el presidente de la Generalitat, Lluís Companys, el 10 de junio de 1934 en El Vendrell. Más allá de la exaltada retórica de la época, son palabras premonitorias de lo que no iba a ocurrir apenas cuatro meses después, el 6 de octubre de 1934.

La sociedad española y la catalana vivían aquellos años inmersos en un clima político muy desestabilizado, que Gerald Brenan calificó como "laberíntico". El escasísimo bagaje de cultura democrática propiciaba que la exaltación y la radicalización lo copara todo en detrimento de la reflexión. Las elecciones legislativas de noviembre de 1933 fueron otra prueba de los vaivenes en que vivía aquella sociedad. La derecha, que en 1931 había obtenido sólo 48 escaños, ganaba ahora con 213 diputados, mientras que la izquierda veía reducido su poder desde las 292 actas de 1931 a tan sólo 98. La radicalización revolucionaria del PSOE de Largo Caballero, en el poder, y la activísima abstención de la CNT, son elementos que explican en parte el triunfo de la derecha más reaccionaria, encabezada por la Confederación Española de las Derechas Autónomas, la CEDA de Gil Robles, dos años después de proclamarse la República.

Aquella victoria electoral encendió todas las luces de alarma entre las filas republicanas por cuanto Gil Robles, el "jefe", no sólo se había repetidamente negado a hacer declaración expresa de republicanismo,

sino que había anunciado la revocación de algunas medidas tomadas a partir de 1931. Aunque el presidente, Alcalá Zamora, encargó la formación de gobierno al radical Lerroux, la "amenaza" de la CEDA lo impregnaba todo, incluso en Catalunya, a causa del virulento anticatalanismo de Gil Robles.

La muerte de Macià el día de Navidad de 1933 dio paso a la elección de Lluís Companys, un dirigente de ERC que había destacado como abogado de cenetistas. El considerado heredero político de Francesc Layret formó un gobierno de centroizquierda, con miembros de ERC, del Partit Nacionalista Republicà d'Esquerra, escindido de ERC; de la Unió Socialista y de Acció Catalana, con un programa liberal y laico "en l'ensenyament, en l'assistència pública, per tot i arreu; solució justa del problema de la terra, reconèixer els drets del treballadors, reformar el concepte romà de la propietat i respectar l'economia del país; ordre públic amb extirpació del virus de la perturbació social i aplicació normal de la llei. I per damunt de tot, defensa de les llibertats reconegudes en l'Estatut i de la República amb el sacrifici màxim". Las continuas apelaciones al "sacrificio máximo" no eran exclusivas de Companys, sino que formaban parte de la exaltada cultura política.

"Baluarte de la República"

En este ambiente de "o democracia o fascismo", Catalunya y el gobierno de la Generalitat se erigieron en el "baluarte de la República", según los dirigentes de los partidos de la izquierda española, derrotada en noviembre de 1933. Así lo hicieron constar en el mitin de reafirmación del ideario izquierdista, celebrado en la Monumental de Barcelona el 7 de enero de 1934, con participación entre otros de Azaña e Indalecio Prieto. Éstos, que se consideraban

los guardianes de las esencias republicanas, consideraban que la CEDA no podía entrar a formar parte de un gobierno republicano.

Hubo un hecho que actuaría como cerilla entre paja seca en Catalunya. Fue el contencioso entre los gobiernos de Madrid y Barcelona por la Llei de Contractes de Conreu, un conjunto jurídico, respetuoso con el derecho de propiedad, que intentaba zanjar añejas injusticias y facilitaba el acceso del payés a la propiedad, que mejoraba las condiciones de los "rabassaires" y que fue aprobada por el Parlament de Catalunya en abril de 1934. La reacción de las cámaras agrarias, del Institut de Sant Isidre y de la Lliga Regionalista fue muy virulenta. Cinco mil propietarios catalanes acudieron a Madrid para manifestarse contra la ley. Denunciada ante el Tribunal de Garantías Constitucionales, en junio de 1934 el alto tribunal declaraba su ilegalidad. Inmediatamente el Parlament de Catalunya aprobaba una ley idéntica, sin cambiar ni una coma, a la declarada inconstitucional. Fue en este irracional ambiente de enfrentamiento político en el que Companys pronunció las palabras que encabezan este texto.

La tensión emocional que se vivía en toda España provocó la preparación de un "movimiento subversivo" para "salvar a la República", consistente en una huelga general contra el gobierno de la derecha. Fue tan público y conocido, que el gobierno declaró el estado de alerta el 23 de septiembre de 1934. Este movimiento también alcanzó Catalunya, donde el conseller de Governació, Josep Dencàs, y Miquel Badia, recientemente destituido de su cargo de jefe superior de Orden Público de la Generalitat tras protagonizar un estúpido altercado en los juzgados, se encargaron de coordinar una concentración de comandos armados en puntos estraté-

gicos de la ciudad. En estas reuniones participaron, junto a grupos radicales como Nosaltres Sols o Païstres, partidos como ERC, Estat Català, Acció Catalana, Unió Socialista y Unió Democràtica.

Pero Catalunya no era un oasis de unanimidades. Entre los partidos catalanistas de la coalición de gobierno tampoco había mucha confianza. Companys era visto, por unos, poco catalanista. Otros, en cambio, le acusaban de debilidad frente al radicalismo de Estat Català o de su propio partido, y especialmente con los odiados "escamots" de Dencàs y Badia, sus desfiles fascistoideos, sus maneras violentas, como sus apaleamientos de militantes cenetistas o el asalto a la imprenta del satírico "Bé Negre".

La CEDA, en el Gobierno

Todo este ambiente estalló por los aires el 6 de octubre de 1934. Dos días antes, Lerroux anunció la entrada en el gobierno de tres ministros de la CEDA de Gil Robles. Aunque fuera previsible, la noticia fue acogida con enorme indignación en la izquierda y fue convocada la huelga general, que fracasó excepto en Asturias y Catalunya. Mientras en el Principado se convirtió en una huelga revolucionaria de una semana, que se saldó con una durísima represión comandada por el general Francisco Franco, en Catalunya, la huelga tuvo un carácter político.

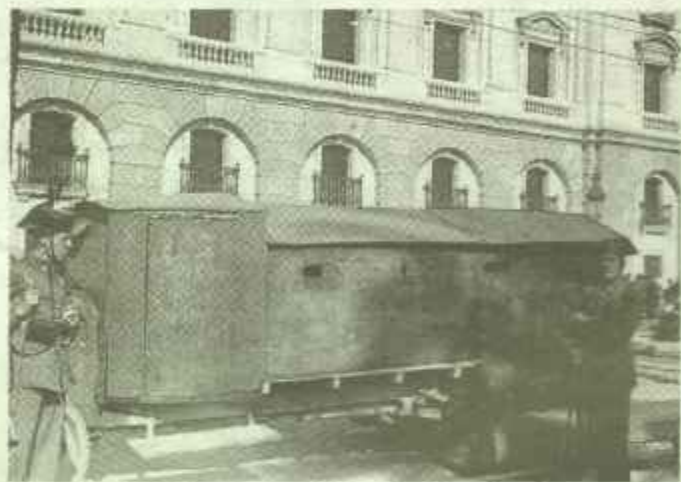
El Govern de la Generalitat no dudó en apoyar la huelga. Grupos de "escamots", comandados por Miquel Badia, tomaron el centro de Barcelona, obligando a las tiendas a cerrar. El comandante militar, el general Batet, visitó aquella tarde en secreto a Lluís Companys en la Casa del Canonges, y le advirtió que, en caso de un enfrentamiento, sería leal a la República y por tanto al gobierno de Madrid. La biografía que Hilari Raguer escribió del general



La plaza de Sant Jaume, durante la proclamación de Companys



Soldados artilleros en el asedio al Govern de la Generalitat



El camión blindado que fue sabotado antes de entrar en acción



Barricada ante la sede de Aliança Obrera, en Portal del Àngel



La sede del Cadci, en la Rambla, al día siguiente del asalto

6 d'Octubre

Domènec Batet refleja el drama de aquel militar cuya moderación le enfrentó a los dos bandos y terminó por ser condenado a muerte y ejecutado en 1937 por orden de Franco.

El sábado día 6 de octubre de 1934 amaneció Barcelona tomada por "escamots" armados. Todo el mundo, incluido Companys, estaba convencido de que Dencàs contaba con suficientes efectivos para un eventual enfrentamiento con el Ejército, si éste actuaba como era previsible contra los huelguistas. Dencàs decía contar con 4.000 hombres, distribuidos en cuatro cuerpos de tropa, concentrados desde el 25 de septiembre en Montjuïc, el hospital Sant Pau y la Bonanova. Había dividido la ciudad en tres zonas estratégicas y hecho fabricar armamento, munición, líquidos inflamables, así como el blindaje de un camión, vehículo que cuando iba a entrar en acción se averió. Manuel Cruells, que formó parte del grupo que tomó la plaza Universitat, escribía en sus memorias que "no hi havia gaire marcialitat ni disciplina en aquelles tropes... l'armament feia riure... em sentia avergonyit".

La radio, que desempeñó un papel fundamental (de hecho fue la primera revolución radiada de la historia), recomendaba periódicamente "serenitat, disciplina i confiança" y daba noticias sobre la extensión del conflicto en España.

A las ocho de la tarde, con la plaza Sant Jaume a rebosar, Companys salió al balcón de la Generalitat. "Catalans, les forces monarquitzants i feixistes... han assaltat el poder... la República es troba en gravíssim perill... Totes les forces autènticament republicanes s'han aixecat en armes contra l'audaç temptativa feixista... El Govern de la Generalitat trenca, des d'aquest moment, tota relació amb les institucions falsejades... En aquesta hora solemne, en nom del poble i del

Parlament, el Govern que presideixo assumeix totes les facultats del poder a Catalunya, proclama l'Estat Català (pausa por los aplausos)... de la República Federal Espanyola... Cadascú en el seu lloc i la República en el cor de tots!" Muchos testimonios coinciden en asegurar que Companys, tras el discurso, abandonó el balcón diciendo: "Ja està fet! A veure si ara direu que no sóc catalanista!".

El general Batet, siguiendo instrucciones del gobierno de Madrid, declaró inmediatamente el estado de guerra en Catalunya. El movimiento se extendió por Granollers, Sabadell, Palafrugell, Vilafranca del Penedès, Morell, Vilanova i la Geltrú, Girona, con ataques a los cuarteles, a locales de la Lliga, detenciones arbitrarias y violencia contra la Iglesia, como el asesinato del rector de Navàs o el incendio de la parroquia de Sant Vicenç de Castellet.

Los primeros tiros se produjeron cuando una patrulla del Ejército se disponía a leer el bando de la declaración de guerra en la rambla Santa Mònica. Los disparos, que mataron a un sargento e hirieron a seis soldados, procedían probablemente de la sede del Cadci, el sindicato de dependientes situado al final de la Rambla, donde se hallaban concentrados una treintena de militantes del Partit Català Proletari de Jaume Compte y Manuel González Alba. Estos dos dirigentes separatistas, el primero de ellos condenado en 1926 por el frustrado atentado contra Alfonso XIII en el Garraf, morirían durante el asalto de las tropas a la sede de los dependientes de comercio, en la acción más cruenta de aquella desgraciada noche.

Entre tanto, las tropas del Ejército instaron al Govern de la Generalitat a que se entregara. El edificio del Palau estaba protegido por sólo dos centenares de mossos. En su interior, el presidente Companys y algu-

Companys proclamó "l'Estat Català de la República Federal Espanyola" y diez horas después capitulaba

La insurrección que la izquierda preparó en España sólo triunfó unas horas en Barcelona y una semana en Asturias

El general Batet, que puso fin a la rebelión, fue condenado a muerte en 1937 y ejecutado por orden de Franco

Aquella jornada se saldó con la condena del presidente de la Generalitat y la suspensión del Estatut de Catalunya

Gaziel se lamentó que se diera "a los enemigos de Catalunya el gustazo de verla reducida a la impotencia"

nos consellers, acompañados de varios funcionarios y periodistas, como Pere Foix, Lluís Aymami y Carles Sentís, se preparaban para vivir una larga noche, lo mismo que en la Casa Gran, donde el consejo plenario acordó permanecer en el Ayuntamiento. Los teléfonos hervían, especialmente entre el Palau y la sede de Governació, donde Dencàs y Badia eran requeridos, cada vez con más urgencia, para que enviaran tropas en ayuda de la Generalitat. Unas tropas y una ayuda que jamás llegó, a pesar de que los hermanos Badia, acompañados de unos pocos hombres, lo intentaron personalmente. Fueron frenados en Via Laietana, donde Josep Badia resultó herido.

Desacuerdo con Companys

En la Generalitat, entre llamadas de adhesión y de auxilio, los había que no disimulaban su disgusto con el discurso de Companys, entre ellos el conseller Martí Barrera y el diputado a Cortes Josep Tarradellas. A las diez y media de la noche, en el interior de Palau se oyeron disparos procedentes de la calle Sant Honorat, cuando los mossos intentaron frenar el avance de una sección de artillería ligera. Se apagaron las luces del Palau y se inició el asedio que terminaría al alba con la capitulación de Companys.

La insurrección fue dominada fácilmente. Los "escamots" distribuidos por la ciudad no actuaron ni aparecieron las armas. Nadie acudió a las llamadas de ayuda desde la Generalitat y, finalmente, los representantes del Govern y de la ciudad fueron detenidos.

La pregunta en tono acusatorio que desde las filas del catalanismo se hizo a Dencàs, que huyó por la alcantarilla de la conselleria de la plaza Palau antes de ser detenido, era dónde estaban los "escamots" y las armas y por qué nadie fue a defender la Generalitat. Dencàs que-

dó en la memoria popular como el traidor de aquella trágica noche, que se saldó con decenas de muertos, el encarcelamiento del Govern casi en pleno y del alcalde de Barcelona, Carles Pi i Sunyer, y de centenares de catalanistas; con la anulación de facto del Estatut y un repliegue de las posiciones no ya separatistas, que ya no volverían a levantar cabeza, sino catalanistas e izquierdistas, hasta la victoria del Frente Popular, en 1936.

El balance fue muy negativo y sorprendió la ingenuidad del gobierno de la Generalitat y en especial del presidente Companys, lanzándose a una piscina vacía. Frederic Escofet, que fue comisario general de Orden Público, aseguraba que "el gran error de Companys fue que no había nada organizado" y que sus colaboradores eran "una calamidad (Dencàs), un desertor (Coll i Llach) y un exaltado (Badia)".

El director de "La Vanguardia", Gaziel, se preguntaba si "¿para eso declaró la guerra a las ocho de la noche? ¿Para perderlo todo en diez horas? ¿Para qué la Generalitat, después de haber tenido todo el tiempo deseable, toda la libertad de movimientos apetecible, para preparar esta aventura... haya acabado dando a los enemigos de Catalunya el enorme gustazo de verla descartada, reducida a la impotencia, anodada... y a sus amigos el dolor de tener que abandonarla como se abandona a un demente...?".

Antes de ser enjuiciado y condenado a 30 años por el Tribunal de Garantías Constitucionales, Companys hizo un ruego a su abogado, Angel Ossorio y Gallardo: "Soy un político que se ha encontrado con una dificultad, que la ha resuelto con modos políticos, que me he equivocado y que he perdido. He de pagar la cuenta, amigo Ossorio. Tenga entendido para su defensa: ni humillación ni jactancia".